

—Déjese de tonterías, hermano. Se entra en el sayal en definitiva, y se canta misa, y se sirve a Dios con sencillez, con alegría, con fuerza, como un hombre.

Luego se ha puesto a recordar a Nuestro Padre. Que si la parábola de la alegría perfecta, que si llamó a la melancolía «la enfermedad de Babilonia»...

Y esto me ha enfadado. No era para tanto, sin duda. Pero es que al hablarme bajaba sus ojos irónicos, fijándolos en los dedos de mis pies, cosa que me pone siempre muy nervioso, y acaso por esto tuve poca paciencia y lo traté mal.

¡En fin! Como en todas partes, no falta en el Convento algún mal rato. Pero Dios también rompe el suelo antes de arrojar la semilla; y así, es en los malos ratos cuando a menudo siembra sus mejores enseñanzas: ¿no me ha servido este disgusto para descubrir a Fray Bernardo el aspecto más angélico de su alma?

Al ver mi violencia, le ha citado a Fray Elías, muy dulcemente, estas palabras de Nuestro Padre de Asís: «A nadie, sin ser probado por tentaciones y tormentos, le será dable llamarse verdadero siervo de Dios; pues las tentaciones y los tormentos, vencidos funden el anillo con que se desposa Nuestro Señor con el alma de su siervo». Y luego, cogiéndome por la manga, me ha llevado consigo, hasta el claustro de San Diego, donde hemos hablado del amor a nuestros hermanos en Jesucristo.

Fray Bernardo tiene un rostro de sesenta años apacibles, todo sonrosado por venillas, y un cerquillo muy blanco abarcando la tonsura calva, y unos ojos claros que esconden su bondad temblorosa tras unas gafas azules.

Y este dulce viejecito ama a los hombres. ¿Cómo, por qué los ama? Porque los ve niños. Usa para ello un procedimiento: mira sus rostros con la imaginación, no con los ojos; evoca los semblantes que a los diez años debieron tener; y las facciones, retrotraídas a la infancia, para él se refrescan entonces, se hacen de nuevo tiernas, débiles y mueven al amor.

¡Caritas infantiles, buenas caritas de diez años, cuán inofensiva debéis aparecer al otro lado de las gafas azules con que el dulce viejecito os mira! Todas. Porque todas, aun la vuestra, mujer pervertida, y la tuya, hombre amargado e irascible, mostraréis entonces, supuesto al semblante adulto de hoy, aquel otro de ayer, aquel que las manos de una madre acariciaron y que seguramente más de una vez castigó también alguna palma endurecida e injusta.

De tal modo, Fray Bernardo siente hacia a los hombres un amor casi ma-

ternal; así, Fray Bernardo es un corazón que comprende, lo cual es más que un cerebro que comprende, y un corazón que mide cuán indefensos permanecemos la vida entera en medio de la gran Naturaleza.

Por eso además, habla este viejecito como habla, henchéndose de una ternura aguda, de una de esas ternuras que llegan a sentirse como un dolor.

Evoco sus palabras:

«Si maravilla, Fray Lázaro, la infinita candidez de los hombres. Las más de las veces, actúan como criaturas inocentes, tan irresponsables de sus faltas como de sus buenas acciones. Obsérvelos. No precisa siquiera el esfuerzo mental de cambiar sus rostros. Continúan niños en sus afanes. Caminan de aquí para allá, sin cesar se mueven, realizan mil cosas encantadoramente inútiles; muchos se suponen trabajando y no hacen sino jugar al trabajo, o a lo más, satisfacer necesidades superfluas que ellos mismos se crearon; y todo esto, por un exceso de vida que Dios les dió y ellos necesitan gastar. Hablan del día a la noche, repitiendo ideas caseras, pequeñas, vestidas con palabras igualmente reducidas y domésticas, ideas y palabras que aprendieron a otros que a su turno las adoptaron por simple espíritu de imitación. O bien, analizan, con la misma seriedad ingenua y curiosa con que desarmábamos cuando chicos el reloj de nuestro abuelo... para no saber reconstruirlo después. En ocasiones, ¡cómo inventan!, ¡cuántas tonterías inventan!, a las cuales dan hasta trascendencia filosófica en sus sueños pueriles. Yo recuerdo las maquinillas que inventaba en mi niñez, con lápices de pizarra, carretes de hilo, cajas de fósforos. ¡Oh, podían servir para muchas cosas! Y para nada servían. Y a cada paso pelean, por futilidades y caprichos, y se pegan, y se reconcilian como colegiales, como lo que son. Por último, en las noches se acuestan cansados: los ha rendido una ineficacia que no entienden. Pero Dios les envía la noche. La noche, como la

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

*El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.*

El Editor del REPERTORIO

penumbra de un regazo, los acoge, los cubre y los aduerme. Tienen, además, lo triste: se enferman y padecen desgracias que no sé por qué hayan merecido; y algunos las sufren con tanta debilidad, que nos arrancan las más conmovidas plegarias. ¿Cómo, Señor, a Vos Todopoderoso, ellos tan pequeñitos pueden haberos ofendido? Este hombre, esta mujer, aquel otro, aquel niño enfermo ¿qué han podido hacerlos? Y esos pobres que por las mañanas mendigan en nuestra portería: se acaban de levantar y ya están cansados. ¿Por qué la existencia para ellos se arrastra como un cansancio largo? ¡Fiat voluntas tua!... Pues ¿y cuando ejecutan algo bueno? Tan poca responsabilidad suele haber entonces de su parte, que nuestra exclamación lleva mucho de lástima: ¡Pobre, qué bueno es!, decimos.

—Cierto—he agregado yo aquí.— Porque los compañeros del Pobrecillo de Asís, y él mismo, ¿qué eran sino niños en la más pura simplicidad?

Pero Fray Bernardo ha sabido responderme. Ha levantado un índice hasta la altura de sus gafas, me ha mirado por encima de los cristales y, blandiendo el dedo en advertencia, me ha dicho:

—Sí, niños simples; pero lea bien las Florecillas: hacen una simpleza, o la dicen, y se siente en sus corazones al Cristo vivo.

¡El Cristo vivo! Sentí ganas de gritar.

Fué un instante. Después...

¡Dios mío, se analiza! Se analiza... y al cabo lleva la razón Fray Bernardo: analizamos con la misma curiosidad ingenua como desarmábamos cuando niños el reloj de nuestro abuelo... para no saber reconstruir luego nada.

Líbrame, Señor, del análisis: él mata la instintividad de las acciones. Hazme claro y simplifícame. Dame la simplicidad que nos liberta de las limitaciones personales.

Sé que os amo, Señor. Sé que os amo porque os reconozco en lo más interno, oscuro y originario de mí; pero necesito descubrirlos asimismo en todas las almas, donde también debéis hallaros.

Para esto, avienta de mí el análisis; vuelve aformes mi juicio y mi sentimiento y deja que pueda en todo instante adaptarme a todas tus criaturas. La adaptación destruye el error de diferenciarse y determina la identificación, que es la larva del amor perfecto.

Analizando, Señor, nada sabe al fin tu humilde siervo. En el bien y el mal, acaso no haya sino la manifestación opuesta de tu Designio total en lo creado.